



Las Curie: una pareja radiante

ADELA MUÑOZ PÁEZ

El campo de la ciencia al que Marie Curie dio nombre ha permitido a su país de adopción ser independiente energéticamente, y gracias en buena medida a la terapia que ella imaginó, hoy día la palabra cáncer no es sinónimo de muerte.

Una calle céntrica de París lleva su nombre y el edificio más importante de la misma, un instituto de investigación, también. Su tumba se encuentra a unas decenas de metros, en un edificio orgullo de la Francia laica, el Panteón, que alberga los restos de los grandes hombres de la patria. Un siglo después de su muerte, su tumba es la única entre las muchas que hay en los sótanos del mausoleo que tiene una ofrenda: unas humildes flores de plástico con una leyenda escrita en polaco sobre una cinta blanca. Marja Skłodowska recorrió un largo y duro camino desde su Polonia natal hasta descansar como Madame Curie en su morada final parisina.

La vida de Marie comenzó en 1867, en las penurias de la Varsovia invadida por los rusos, dónde perdió a su madre siendo una niña. En 1891 se estableció en París para cumplir su gran sueño: estudiar en la Sorbona. Disponiendo de muy poco dinero, se alimentó de su ansia de conocimiento y en apenas tres años obtuvo una licenciatura en física y otra en matemáticas. También allí conoció a un hombre tímido, Pierre Curie, por entonces un brillante científico, con el que se casaría en 1895. Marie comenzó a investigar

en un cobertizo sin acondicionar, contiguo a la Escuela de Física y Química en la que trabajaba Pierre, donde manipuló toneladas de un mineral de uranio para desentrañar la naturaleza de las misteriosas radiaciones que emitía. Sus experimentos abrieron un nuevo y fascinante campo de investigación: el dedicado al estudio del núcleo atómico. En su entusiasmo arrastró a Pierre a colaborar con ella y juntos anunciaron en 1898 el descubrimiento de dos nuevos elementos, el radio y el polonio, este último denominado así en honor del país de Marie. En 1903 a Pierre le comunicaron que era un firme candidato, junto a Becquerel, al premio Nobel de Física, a lo que Pierre respondió que Marie también debía ser tenida en cuenta.

MARIE CURIE E IRÈNE JOLIOT-CURIE
DESCUBRIERON
UN MUNDO HASTA
ENTONCES INVISIBLE, EL
DEL NÚCLEO ATÓMICO

En 1906 la tragedia irrumpió de nuevo en la vida de Marie: Pierre murió atropellado. Aunque sólo tenía nueve años, su hija Irène fue a partir de ese momento uno de los principales pilares en la vida de su madre. Juntas lloraron a Pierre, y juntas afrontarían todos los sucesos que sacudieron sus vidas. Irène no fue ajena a los trabajos científicos por los que su madre recibió un segundo premio Nobel en el año 1911. Tampono

co pudo quedarse al margen de la virulenta campaña contra ella cuando solicitó su ingreso en la Academia de Ciencias Francesa, o cuando, tras estallar el escándalo Langevin, la acusaron de ser la polaca que le había robado el marido a una honesta francesa.

Pocos años después, durante la Gran Guerra, aquella a la que de nuevo tildaron de extranjera no dudó en poner su vida y la de su hija, por entonces de sólo 17 años, en peligro poniendo a punto sistemas portátiles para hacer radiografías que ayudaran a localizar las balas de los soldados heridos. Con estos aparatos Marie, Irène y las personas a las que ellas habían enseñado, recorrieron los frentes en camionetas denominadas “pequeñas curies”, en las que se llegaron a atender a más de un millón de soldados. Tras la guerra, Irène se dedicó a la investigación en el Instituto del Radio que dirigía su madre. Poco después de presentar su tesis doctoral, dedicada a estudiar la radioactividad del polonio, para sorpresa de todos, se casó con un joven atildado y extrovertido, Frédéric, que trabajaba como asistente de Marie en el Instituto del Radio, y ambos adoptaron el nombre Joliot-Curie. La última gran alegría de Marie fue conocer los resultados del experimento que Frédéric e Irène habían hecho de forma conjunta y que puso de manifiesto la radioactividad artificial, por el cual ganarían el premio Nobel de Química en 1935, cinco meses después de la muerte de Marie.

Irène y Frédéric tenían conciencia de sus responsabilidades sociales, y así en 1934 se afiliaron al Partido Socialista, Irène formó parte del gobierno del Frente Popular de Léon Blum en 1936 como Subsecretaria de Investigación, y ambos apoyaron la República española tras el alzamiento. Luego llegaría la Segunda Guerra Mundial, en la cual Frédéric tuvo una participación activa en la



resistencia y, tras ella, la creación de la Comisión de Energía Atómica, que habría de situar a Francia como potencia nuclear. El declive de la salud de Irène fue aún más rápido que el de su madre, muriendo de leucemia con sólo 57 años.

Marie tuvo las manos quemadas durante muchos años, y ella y su hija se abrasaron por dentro a causa de las radiaciones. Pero como científicas llegaron a lo más alto: descubrieron un mundo hasta entonces invisible, el del núcleo atómico. Por ello Marie e Irène Curie son la encarnación más próxima al mito de Ícaro: se acercaron tanto al sol, cuya energía es producto de reacciones nucleares, que casi lo tocaron con las manos, pero pagaron tal osadía con su vida. ■

.....
Adela Muñoz Páez es profesora de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla. Desde noviembre de 2008 tiene la página web hypatia.es, que recoge información sobre mujeres científicas de todos los tiempos, tema sobre el que da cursos y charlas y publica artículos de divulgación.